

## XIII

Pero ¡ay! olvida, olvida  
 este final tan lúgubre y sangriento,  
 que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,  
 que es un gran mal el conocer la vida.—  
 Y, pues llegó á su término mi cuento,  
 aunque es, por su fortuna,  
 poco menos que ocioso  
 aconsejar al que, cual tú, dichoso,  
 la ciencia y la virtud halló en su cuna,  
 oye un consejo y deja que te abrace:  
 sé leal á la gloria de tu nombre,  
 pues la mayor traición es ser el hombre  
 desertor de las filas en que nace.  
 No olvidando esta historia,  
 y guardando ese trompo y siendo bueno,  
 seguirás por la senda de la gloria  
 que te trazó con su inmortal memoria  
 tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).  
 Aprende bien que *obliga la nobleza*,  
 y Dios te lo demande  
 si no imitas con ciencia y con firmeza  
 la rectitud, la gloria y la entereza  
 de aquel á quien su patria le hizo grande  
 y que fué superior á su grandeza.

## XIV

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!  
 toma un beso, y adiós, que estoy de prisa:  
 que dure eternamente en tu semblante  
 la bella obstinación de tu sonrisa.  
 Y, en prueba de lo mucho que te adoro,  
 ruego al cielo que, alegre y sin hastío,  
 no tengas que llorar, como yo lloro,  
 penas sin causa en horas de vacío;  
 y que las Parcas hilen, hijo mío,  
 el hilo de tu vida en husos de oro.

(1) D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.

## LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS

## POEMA EN UN CANTO

A mi buen amigo el profesor filósofo  
 D. Urbano González Serrano.

## I

¡Musa viril de la Epopeya, canto  
 aquella acción tristísima en que vino  
 á ser de niño el héroe de Lepanto  
 un hermoso juguete del destino!  
 ¡Canto, Musa, al varón que siendo espanto  
 del turco, el holandés y el argelino,  
 en la historia aprendió de unas manzanas  
 la caridad y la virtud cristianas!

## II

¡Canto también al héroe que de horrores  
 fué la Europa y el Africa llenando,  
 hasta que harto de goces y de honores,  
 la tristeza de Tito halló en el mando;  
 al que la suerte incierta en sus favores,  
 le hizo saber, por fin, el tiempo andando,  
 como puede parar un campesino  
 al conductor del carro del destino!

## III

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,  
 que siempre el que honra á un pobre sale honrado  
 y que son la ventura ó desventura  
 reflejos nada más de lo pasado!  
 ¡Verás en esta rápida lectura,  
 por tu gran corazón iluminado,  
 que no siempre da dicha la victoria,  
 que es la virtud más grande que la gloria!

## IV

Muy niño aún, descalzo y sin montera,  
subió á robar manzanas á un manzano  
don Juan de Austria: era un alma aventurera,  
y el mundo es un festín para el milano.  
Se ignora de él en la comarca entera  
que es hijo de su excelso soberano.  
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.  
Nada. Un poder desconocido, es nada.

## V

El mismo Emperador con extrañeza  
ve que, en cuanto á perales y manzanos,  
los esquilma don Juan con la destreza  
que envidiaría un jugador de manos.  
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,  
de incógnito por cumbres y por llanos  
vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,  
dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

## VI

El hijo natural del padre augusto,  
convirtiendo el manzano en su despensa,  
comía las manzanas con un gusto  
que denotaba una salud inmensa.  
—Siete veces al día peca el justo,—  
disculpando á don Juan, don Carlos piensa.  
—Siete veces...—siguió en su pensamiento,—  
menos justos cual yo que pecan ciento.—

## VII

Lo ve también el dueño del manzano,  
y le arroja á don Juan tales pedradas,  
que hace correr hasta el lugar cercano  
á un rebaño de cabras asustadas.  
Al verlo, grita el Rey:—Basta, villano.—  
¡Cómo! diréis, ¿en épocas pasadas  
á un príncipe apedreaba un campesino?  
Así pasó. Cuestión: ¿qué es el destino?

## VIII

Del árbol baja al fin sin escalera  
don Juan, ve al Rey, y sin dudar escapa,  
y por correr, cruzando la pradera,  
deja al pie del manzano gorra y capa.  
Huyendo así aquel héroe, que aun no lo era,  
un resfriado de cabeza atrapa.  
Es la misma canción y el mismo cuento:  
siempre en guerra la dicha y el talento.

## IX

Corre don Juan, é infiel á su destino  
de héroe futuro y noble caballero,  
se agazapa en la acequia de un molino,  
del cual quisiera ser el molinero.  
Viendo huir á don Juan, el campesino  
—¡Cobarde!—le gritó; después:—¡Ratero!—  
Y al Rey—¿Quién eres?—preguntó el vasallo,  
lanzando aquí la interjección que callo.

## X

Con la altivez de un hijo de la luna  
el Rey le contestó:—¡Carlos de Gante!  
—Y ese niño, ¿quién es?—De noble cuna,—  
le replicó ya el Rey de mal talante.  
—Pues tú responderás con tu fortuna  
de ese ladrón con trazas de estudiante.  
—Bien hecho, piensa el Rey, es un malvado  
el que tala la mies que no ha sembrado.—

## XI

Cual buen patán cree el labrador artero  
que el Rey es algún pillo disfrazado  
que lleva en la cabeza por sombrero  
un tubo más ó menos prolongado.  
El destino es muy poco caballero,  
y aquel jayán, tan ciego como el hado,  
al más grande y más bravo de los reyes  
lo encerró en el establo de unos bueyes.

## XII

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,  
por no ser conocido, aprisionado!  
¡Oh golpes imprevistos del destino!  
¿De dónde arrancará lo inesperado?  
Pensó el Rey corromper al campesino,  
mas no halló en su bolsillo ni un ducado,  
y por primera vez vió el caballero  
que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

## XIII

—Irás ante el alcalde de Plasencia,—  
el labrador con furia le decía,  
y, según el temblor de su conciencia,  
el pobre Emperador se lo creía,  
pues sabía muy bien, por su experiencia  
de Villalar, de Roma y de Pavía,  
que ante la innoble realidad del hecho,  
la fuerza, aunque brutal, vence al derecho.

## XIV

Y ni pudo matar á aquel pechero,  
porque el día anterior el Soberano  
pensando en poner fuego al mundo entero  
cayó un candil, y le quemó una mano.  
No lo mató por eso, aunque, altanero,  
—¡Villano!—dijo, y repitió:—¡Villano!—  
¡Justo es, gran Rey, que sufras, y recuerdes  
el cuento de las uvas que están verdes!

## XV

¡Poder de la justicia! El Rey temía  
ser llevado al alcalde de Plasencia,  
pues siempre en su alma fué, como en la mía,  
su genio y su defecto la prudencia.  
Detenido tres horas aquel día,  
tres ovillos gastó de su paciencia  
el hombre á quien, humildes hasta entonces,  
adulaban los mármoles y bronces.

## XVI

Y ¡pobre Rey! su corazón devora  
el dolor más atroz de los dolores,  
porque lo ve humillado una pastora  
que mantiene carneros con las flores.  
Y ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora  
viendo de ella los ojos tentadores,  
pues el Rey en victorias y en mujeres  
tiene un alma glotona de placeres.

## XVII

Después quiso el destino caprichoso  
que con hambre voraz y escasa ropa  
pasase por allí *Roque el leproso*,  
que iba al convento á demandar la sopa.  
Y hablando al labrador, que está furioso,  
pide perdón para el señor de Europa  
quien no tiene en verano ni en invierno  
el gusto de saber lo que es pan tierno.

## XVIII

¿Librar un pordiosero á un poderoso?  
He aquí, lectores míos, realizado  
el cuento, para muchos fabuloso,  
del ratón y el león aprisionado.  
Libró al Emperador *Roque el leproso*,  
porque aquél una vez desde un terrado  
un mendrugo le echó de pan moreno  
de trigo malo y de peor centeno.

## XIX

*Roque el leproso* convenció al villano  
de que una buena acción trae buena suerte;  
que la mujer, el niño y el anciano  
son tres seres sagrados para el fuerte:  
sin saber que era el viejo un soberano,  
pintó con tal fervor su mala suerte,  
que hizo á todos llorar *Roque el leproso*:  
y es que el bien, como el mal, es contagioso.

## XX

Y aunque un juez necesita de un culpable,  
desarruga el labriego el entrecejo,  
y después de llamarle «¡miserable!»,  
olvidando al muchacho, suelta al viejo.  
Humilde el Rey y el labrador afable,  
de la Biblia adoptaron el consejo:  
al rico no abusar de su opulencia,  
y al pobre ser sublime en la paciencia.

## XXI

Libre ya el Rey, sólo pensó de veras,  
por padecer de gota y otros males,  
en sentarse en su silla de caderas  
que *no valdría en venta cuatro reales*.  
Y no sintiendo ya las borracheras  
del licor de los sueños inmortales,  
dijo tocando con la barba al pecho:  
—Todo cuanto hace Dios, está bien hecho.—

## XXII

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento,  
al extinguirse el sol en Occidente,  
y va sus penas confiando al viento  
que se queja, como él, eternamente.  
Al verle dirigirse hacia el convento,  
—¡Buen viaje, Majestad!—dice la gente.  
—¡Gracias, gracias!—don Carlos repetía,  
y—¡Buena está mi Majestad!—decía.

## XXIII

En España no hay cólera durable:  
y, siendo algo español el gran Tudesco,  
ya al morir aquel día interminable  
se le templó la rabia con el fresco.  
Y al fin de esta odisea memorable  
confesó con candor caballeresco:  
¡Que la ley es más fuerte que la espada;  
que es todo la virtud, la gloria nada!

## LOS AMORES EN LA LUNA

## POEMA EN TRES CANTOS

*Al Sr. D. Manuel del Palacio, insigne poeta.*

## CANTO PRIMERO

## I

No hay dicha en este mundo: he aquí un gran tema  
para escribir, como escribir confío,  
un poema que, triste por ser mío,  
será más bien un sueño que un poema.

## II

Doña Isabel de Portugal, esposa  
del rey y emperador Carlos Primero,  
miraba al Rey, su primo y compañero,  
con ojos que veían otra cosa;  
y es que, aunque fiel casada,  
siempre fija en el cielo la mirada,  
á través de un gentil sonambulismo,  
se juzga de Lombay enamorada  
(y amar, ó creer amar, todo es lo mismo),  
y, cada vez que su extravío nota,  
más que amante devota,  
con conciencia intranquila,  
haciendo cruces la inocente, agota  
toda el agua bendita de la pila.  
¡Oh virtud adorable  
que se cree abominable  
porque ama á un ser en la región del viento!  
Que me conteste el juez más implacable:  
¿es crimen ser infiel de pensamiento?

## III

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa  
hacer saber una pasión que esconde?  
Permitid que mi pluma valerosa  
esos misterios del amor ahonde.